

en su lugar al lord Willoughby, aunque dejando la autoridad superior al príncipe Mauricio de Orange que era muy digno de ella por su capacidad y valor. La guerra siguió sin embargo con alternados sucesos, tomando y perdiendo unos y otros algunas plazas, y de estas, habiendo Mauricio sorprendido con un estratagemata muy ingenioso la de Breda, guarnecida por tropas italianas, Farnesio hizo juzgar en un consejo de guerra y condenar á muerte á todos los oficiales, excepto solo uno, en consideracion á su corta edad. La escasez de fondos para pagar las tropas era igual por una y otra parte, y esto daba lugar á sediciones y tumultos: los ingleses por tal motivo entregaron á los españoles á Gertrudemberg, con la condicion de que se les pagarian los sueldos atrasados y cinco años mas, lo que puso en mucha consternacion á los estados, temerosos de que todas las guarniciones inglesas hiciesen otro tanto, y los españoles por la misma causa se sublevaron en Courtrai, negando la obediencia al duque de Parma. La reina de Inglaterra favorecia á todos los enemigos de Felipe, y esperando excitar un movimiento en Portugal, en favor de D. Antonio, prior de Crato, dió á este una escuadra y un ejército, con el que el general Enrique Norris que lo mandaba atacó á la Coruña, en donde fué rechazado y desembarcó en Portugal; pero el archiduque Alberto que era virey, y el conde de Fuentes que estaba á la cabeza de las tropas, tomaron tan

acertadas medidas para la defensa, que los ingleses, viendo que no habia movimiento alguno en la nacion en favor de D. Antonio, tuvieron que abandonar la empresa y se retiraron con mucha pérdida.

Aunque Felipe se hallaba comprometido en la guerra con las provincias rebeldes en los Países Bajos y con la Inglaterra que las protejia, y sus recursos se habian agotado con los enormes gastos hechos para habilitar la *Invencible*, se empeñó en otra nueva en Francia, con motivo de las revoluciones que en aquel reino se habian movido por causa de religion. Los católicos, unidos entre sí y dirigidos por el duque de Guisa, formaron una liga, con la que Felipe habia celebrado un tratado secreto que se firmó en Joinville desde el 2 de Febrero de 1585, que tenia por objeto excluir de la corona de Francia á todo príncipe herege ó fautor de heregía, y no permitir en aquel reino otra religion que la católica, obligándose el rey de España á sostener la liga con poderosos auxilios. Aunque el rey de Francia Enrique III fuese católico, consideró ofendida su autoridad por el establecimiento de un poder rival dentro de su mismo reino, y no juzgándose con fuerzas que oponer á las de la liga, hizo dar muerte traidoramente al duque de Guisa y á su hermano el cardenal de Lorena, (1580) que habian sido llamados para asistir á los estados del reino que se celebraban en Blois. Este hecho decidió la sublevacion de Paris y de una gran parte del reino.

y el mismo rey Enrique que sitiaba á su capital, fué asesinado en S. Cloud por Jacobo Clemente, religioso dominico, el 1º de Agosto de 1589. La liga, á cuya cabeza se hallaba el duque de Mayena, hermano de los Guisas, reconoció por rey á Enrique, cardenal de Borbon, ya anciano, excluyendo al rey de Navarra, que fué despues Enrique IV, por ser calvinista, á los que en Francia se daba el nombre de hugonotes, y como tal habia sido declarado por el papa Sixto V, herege, excomulgado y privado de la sucesion á la corona. Mayena, que aspiraba oculta-mente al trono, se prometia suceder al cardenal, y Felipe, prestando sus auxilios á la liga, tenia por objeto ser él mismo nombrado rey, ó por lo ménos hacer derogar la ley llamada Sálica, que excluia á las mugeres de la sucesion á la corona, en cuyo caso ésta debia recaer en su hija D<sup>a</sup> Isabel, como hija de la reina del mismo nombre, de la familia real de Valois. La Francia se dividió en dos partidos, que se hicieron la guerra mas encarnizada: el del rey Enrique IV y el de la liga, que muerto el anciano cardenal no reconoció mas jefe que al duque de Mayena, entre tanto se elegia rey. Felipe, en cumplimiento del tratado celebrado con la liga, hizo mover sus tropas en auxilio de aquella en todas las fronteras (1590), pero derrotado Mayena en Ibri, Enrique sitió á Paris, y habiéndose hecho dueño de la navegacion del Sena, hizo experimentar á aquella gran ciudad todos

los horrores de la hambre. La situacion apurada en que los parisienses se hallaban, decidió á Felipe á dar orden al duque de Parma, para que marchase á socorrerlos con el ejército de Flándes. Farnesio representó en vano las funestas consecuencias de este movimiento, pues siendo muy inciertas las ventajas que se habian de obtener tomando parte en las cosas de Francia, era muy segura la pérdida de las provincias que permanecian fieles en Flándes, retirado el ejército y dejándolas sin proteccion: fué preciso obedecer, y á principios de Agosto salió de Bruselas, dejando el gobierno de los Paises Bajos al conde Pedro Ernesto de Mansfeldt, y en una campaña para siempre memorable, hizo levantar el sitio de Paris, entró con su ejército en esta capital, y dejando algunas fuerzas á la liga, volvió á Flándes, sin haber perdido mas que unos cuantos hombres. Al fin de aquel mismo año, Farnesio recibió orden de volver á Francia al socorro de Ruan, sitiado por Enrique, el cual fué herido haciendo un reconocimiento en que se expuso imprudentemente, y amenazado de ser atacado en su campo, alzó el sitio y Farnesio entró triunfante en Ruan, y pasó en seguida á sitiar la plaza de Caudebec. Esta está situada en una península formada entre el mar y el rio Sena, muy ancho en aquel punto, y Farnesio cometió la falta, acaso única en su vida militar, de no dejar cubierta su retirada; falta que dependió de su confianza en otros jefes, y que para un general de

ménos habilidad que él, hubiera sido irreparable, pero que para él fué la ocasion de adquirir mayor gloria. Mientras examinaba la situacion de la plaza, para determinar donde habian de colocarse las baterías, fué herido gravemente en un brazo, lo que le causó una fiebre, durante la cual Caudebec se rindió; pero el rey Enrique se aprovechó de este intervalo, para ocupar las entradas de la península y fortificarlas de manera, que la pérdida del ejército español parecia inevitable. Farnesio sin embargo, mientras hacia creer á Enrique que iba á atacar sus atrincheramientos por las maniobras que ejecutaba, reuniendo las barcas que pudo y construyendo balsas, trasladó su ejército á la ribera opuesta del Sena, sin haber perdido un hombre ni un bagage, y quemando luego las barcas, impidió que Enrique pudiera seguirlo. Volvió así con todas sus tropas á los Países Bajos, en donde como lo habia previsto, los holandeses, durante su ausencia, habian hecho grandes progresos, y viendo que se le escaseaban al mismo tiempo los recursos, hizo renuncia del gobierno que no le fué admitida, y ántes por el contrario, se le dió orden para que se dispusiese para otra campaña en Francia; mas cuando se ocupaba de los preparativos para ella, murió repentinamente en Arras el 3 de Diciembre de 1592. Sus mismos enemigos le tributaron elogios, y uno de los mayores que de él han podido hacerse ha sido, el que el autor de la *Enriada*, no haya querido ponerlo

en paralelo con el héroe de su poema, para no deslucir á éste.

Los rigores de Felipe contra los nuevos sectarios habian conservado á España tranquila, mientras las demas potencias de Europa ardian en las guerras de religion; pero este sosiego vino á turbarse por un incidente que al principio pareció de poca importancia, y que tomando cuerpo acabó por tener las mas graves consecuencias. Habia sido máxima de Felipe, escojer sus ministros y encargados de los negocios que requerian mayor confianza, entre personas que todo se lo debiesen y á quienes él mismo hubiese formado: Ruy Gomez de Silva, de quien se servia para los asuntos mas graves, habia comenzado su carrera siendo paje de la emperatriz, y Felipe lo habia creado príncipe de Evoli y duque de Pastrana, y le habia hecho contraer parentesco con las primeras familias del reino, casándolo con D.<sup>a</sup> Ana de Mendoza, una de las mugeres mas hermosas de la corte: por recomendacion de Ruy Gomez, habia sido elevado hasta la clase de ministro Antonio Perez, cuyo padre habia obtenido igual empleo en el reinado de Carlos V, y por la misma habia sido nombrado secretario de D. Juan de Austria Juan de Escobedo, como vimos en su lugar: era tambien de oscuros principios D. Cristóbal de Mora, que despues obtuvo el título de conde de Castel Rodrigo, y que fué empleado en Portugal para procurar que Felipe fuese declarado sucesor á

aquella corona. No eran muy puras las costumbres de Felipe, y aunque siempre en él la dignidad del rey que á todo se sobreponia, cubrió con decoro las debilidades del hombre, se dejó sin embargo arrastrar á una pasion mas viva que lo que su carácter parecia comportar, por la princesa de Evoli. El intermedio de estos amores fué Antonio Perez, pero aprovechándose éste de la facilidad de comunicaciones que con la princesa le daba la confianza del rey, supo hacerse tal lugar con ella, que obtuvo la preferencia, y estos tratos que anduvieron ocultos por algun tiempo, aunque durante la vida de Ruy Gomez, no los estorbaba la condescendencia del favorito cortesano, vinieron á ser mas frecuentes y comenzaron á trascender en el público despues de su muerte, habiendo llegado á descubrirlos Escobedo, quien tuvo la indiscrecion de hacer entender á la princesa que poseia su secreto. Antonio Perez, ya mal avenido con Escobedo, dispuso contra él el ánimo del rey, irritado por las excesivas pretensiones de su hermano, que Escobedo hacia valer de una manera no ménos excesiva, y por la que habia sido ya reprendido, y atribuyendo á influjo de éste las exigencias de D. Juan, resolvió quitarlo de enmedio, aunque se dudó por algun tiempo el modo de hacerlo. Decidióse por fin el darle muerte una noche al entrar á su casa, y así se verificó el segundo dia de páscoa de resurreccion, 31 de Marzo de 1578. Este género de ejecuciones no se miraban entonces

bajo el mismo odioso aspecto que ahora: creíase que el soberano, fuente y origen de la administracion de justicia, podia hacer esta por sí mismo, pues los tribunales no eran mas que unos delegados del rey, el cual, habiendo justa causa, podia dispensar en las formalidades de los juicios; y así Felipe, siguiendo opiniones que eran muy respetables para él, estuvo siempre persuadido, que en la muerte secreta de Escobedo, habia hecho uso de su derecho real, aunque pronto comenzó á sospechar de la fidelidad de Antonio Perez, é influyendo contra éste otro de los secretarios de Estado Mateo Vazquez, y complicándose las intrigas cortesanas, fué puesto en prision el 28 de Julio de 1579, al mismo tiempo que fué llevada al castillo de Pinto la princesa de Evoli, con la cual habian cesado las relaciones privadas del rey, si bien parece que subsistia su pasion y su resentimiento (1). Presentóse luego como acusador el hijo de Escobedo, y aunque en las varias alternativas de este largo y complicado proceso, en el que se fueron aumentando otras acusaciones, Antonio Perez pudo al principio dudar si tomaba el rey parte en su perjuicio; despues de habérsele dado tormento, viendo clara su pérdida,

(1) La princesa de Evoli se retiró despues al convento de monjas carmelitas que Ruy Gomez, gran favorecedor de Santa Teresa, fundó en su ciudad de Pastrana, y exijia que las monjas la sirviesen de rodillas. Santa Teresa, en virtud de las facultades amplias que tenia de la silla apostólica, el dia ménos pensado, sacó de aquel convento sus monjas y dejó sola á la princesa.

no pensó mas que en su fuga, la que consiguió hacer saliendo de la prision en la noche del miércoles santo de 1590, disfrazado con los vestidos de su muger, y corriendo la posta sin detenerse llegó á Calatayud en las fronteras de Aragon, en donde siendo perseguido por los comisionados enviados á seguirlo, se amparó del sagrado del convento de Santo Domingo, y como natural de aquel reino, se acojió á la proteccion de los fueros que gozaba. Trasladado á Zaragoza por órden del justicia mayor, se suscitó una competencia entre el tribunal de este y la Inquisicion, lo que dió motivo á una sublevacion general: Perez, que habia sido condenado á muerte en Madrid el 10 de Junio de aquel año, á favor de este desórden pudo salvarse en Francia, y el pueblo en plena insurreccion, tomó las armas para defender los fueros, obligando al justicia mayor D. Juan de Lanuza, quinto de este nombre que desempeñaba aquel alto empleo, á ponerse á su cabeza. Felipe, que deseaba reducir aquel reino al mismo estado de sumision en que estaba Castilla, aprovechó la ocasion que estas revueltas le presentaban, para hacer marchar á Zaragoza un ejército castellano á las órdenes de D. Alonso de Vargas, á pretexto de que se dirigia á Francia. Al acercarse Vargas á aquella capital, el entusiasmo de los aragoneses se enfrió, y este jefe entró en ella sin resistencia el 12 de Noviembre de 1591. Lanuza, que se habia retirado á Epila, publicó un manifiesto sin-

cerando su conducta, y volvió tranquilamente al ejercicio de su autoridad; pero el 20 de Diciembre al salir de su tribunal, fué arrestado y el dia siguiente decapitado en la plaza, á la vista del ejército castellano, en virtud de una órden del rey en que se prevenia á Vargas que así lo hiciese, diciéndole estas formales palabras: "tan pronto sepa yo de su muerte, como de su prision." Así murió este jóven desgraciado á los veintiseis años de su edad; su cadáver, por respeto á su nacimiento y empleo, fué enterrado con gran pompa, llevando en hombros el féretro los principales oficiales del ejército: sus casas y castillos fueron derribados y confiscada su hacienda, y para indemnizar á su hermano D. Pedro, lo hizo el rey conde de Plasencia y caballero de Santiago. Varios de los que emigraron á Francia con Antonio Perez, hicieron una entrada en Aragon, esperando conmovier al pueblo; pero no encontrando apoyo y habiendo salido á su encuentro Vargas, huyeron y los que fueron cojidos murieron en el cadalso. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda, acusados de haber tomado parte en la revolucion, murieron presos, pero justificada su conducta, fueron despues declarados inocentes. Antonio Perez, favorecido por la reina de Inglaterra y por el rey de Francia, murió en Paris á los setenta y dos años de edad el 3 de Noviembre de 1611, y el consejo de la suprema Inquisicion en 2 de Mayo de 1615 rehabilitó su memoria, absol-

viéndolo de la sentencia de relajacion dada contra él en su ausencia, por el tribunal de Zaragoza.

Otro incidente aunque mucho ménos importante, pudo haber alterado la tranquilidad restablecida en España, despues de los ruidosos sucesos de Aragon. Un religioso agustino, portugues, Fr. Miguel de los Santos, confesor de las monjas del mismo órden en Madrigal, inventó hacer pasar por el rey D. Sebastian, de cuya muerte se dudaba, á un hombre obscuro de aquel pueblo que se le parecia y se llamaba Gabriel Espinosa, de oficio pastelero, haciendo creer á D<sup>a</sup> Ana de Austria hija natural de D. Juan, monja en el mismo convento, que este desconocido era aquel rey, y que obtendria dispensa del papa para casarse con ella y hacerla reina de Portugal, con lo que le dió sus alhajas y con el producto de estas, Espinosa fué grangeando séquito entre los portugueses, á quienes Fr. Miguel lo daba á conocer. Descubierto este enredo (1594), Fr. Miguel y el pastelero fueron ahorcados, y la infeliz D<sup>a</sup> Ana, que no tenia mas delito que su candidez é indiscrecion, fué reclusa en un convento de su órden en Avila.

Aunque la guerra se habia ido continuando en Francia, era ya verdaderamente sin objeto: Felipe habia podido conocer, por la mala acogida que tuvo por los estados convocados en Paris su proposicion de declarar reina á la infanta D<sup>a</sup> Isabel, casándola con el hijo del duque de Guisa, que los franceses no estaban

inclinados á someterse á su dominio, y habiéndose incorporado Enrique IV en la iglesia católica y sido absuelto por el papa, habia cesado el obstáculo que le impedia sentarse tranquilamente en el trono. La suerte de las armas habia alternado, y cansados ambos monarcas de una lucha que consumia sin fruto alguno los recursos del uno y del otro, se concluyó por fin la paz en Vervins el 2 de Mayo de 1597, restituyéndose las conquistas hechas por una y otra parte.

Las escuadras de la reina de Inglaterra invadian en Europa y en América las posesiones españolas, que por su grande extension no podian ser suficientemente resguardadas, y presentaban mil puntos susceptibles de ser atacados con buen éxito. Felipe, para vengar estos insultos, hizo armar una grande flota para hacer un desembarco en Irlanda, que se creia seria fácil de tomar con el auxilio de los católicos de aquella isla: pero Isabel, sin esperar el ataque, lo previno, despachando una escuadra á las órdenes del conde de Essex, la que el 2 de Julio de 1590 entró y saqueó á Cádiz, tomando mucha parte del rico cargamento que iba á salir para la América, y para que el resto no cayese en manos de los ingleses, el duque de Medina Sidonia que ocurrió á la defensa de la plaza, mandó quemar los buques á cuyo bordo estaba, calculándose la pérdida total en mas de veinte millones de ducados. No por esto dejó de salir del Ferrol la expedicion contra Irlanda en Noviembre del mismo

año, á las órdenes de D. Martin de Padilla, pero desgraciadas siempre las empresas marítimas de Felipe, un récio temporal dispersó la escuadra, pereciendo cuarenta buques y los demas volvieron maltratados al puerto. Esta muchedumbre de buques echados á fondo por las tormentas, prueba lo inferiores que en aquel tiempo eran en construccion y fuerza á los actuales, y lo atrasado que estaba su manejo.

Mas de treinta años habia durado ya la revolucion de los Países Bajos: los mejores generales de España habian dado en vano pruebas de su pericia, distinguiéndose no ménos en el partido opuesto los dos príncipes de Orange, padre é hijo, Hohenloe, Vere y otros muchos: un ejército habia seguido á otro ejército, y los tesoros de América habian ido á consumirse en aquel abismo sin fondo de gastos incesantes: al príncipe de Parma habian sucedido en el gobierno el conde de Mansfeldt, el archiduque Ernesto y el conde de Fuentes, y por último el archiduque Alberto, que sin haber recibido las órdenes sagradas, era cardenal y arzobispo de Toledo, y habia desempeñado con mucho acierto el vireinato de Portugal. Varias veces se habian entablado pláticas de paz, pero era imposible ningun avenimiento, cuando las pretensiones de las partes contendientes eran tan incompatibles, como lo es la dependencia á que el rey de España queria reducir á las provincias, y la independencia que ellas habian proclamado, la que se habia

consolidado con el reconocimiento y auxilios de Inglaterra y Francia. Felipe, cansado de las guerras que habian ocupado casi todo el tiempo de su reinado; agotados sus recursos y aquejado de enfermedades, en la decadencia de la edad; quiso poner término á esta contienda, formando de los Países Bajos que se habian mantenido fieles, un estado independiente, cediendo la soberanía de aquellas provincias en favor de su hija la infanta D<sup>a</sup> Isabel, á quien casó con el archiduque Alberto, que para esto renunció, con aprobacion del papa, la púrpura romana y el arzobispado de Toledo, y se dispuso á pasar á España para celebrar las bodas. Sin embargo, aunque el acta de cesion se firmó el 6 de Mayo de 1597, con la condicion de reversion á España por falta de sucesion, y otras cláusulas que limitaban y hacian en mucha parte ilusoria la independencia de aquellas provincias, no llegó á verificarse el casamiento en vida de Felipe, habiendo retardado Alberto su salida de Flándes por un motin de las tropas, causado por la falta de paga.

Felipe, atormentado de la gota, á que se juntó una fiebre lenta que lo consumia, determinó trasladarse al Escorial para acabar allí sus dias, y aunque los médicos se oponian, por temor de que el movimiento del viage le fuese funesto, queriendo ser tan dueño de su persona como lo habia sido de todo durante su vida, dijo con resolucion: "No importa, quiero ser llevado vivo á mi sepulcro." Los dolores agudos de la gota,

produjeron unas pústulas ó tumores en las articulaciones, que se reventaban y salian de ellos millares de gusanos con un hedor infecto insoportable. Felipe sufrió todas estas incomodidades con magnanimidad, recibió los sacramentos, y haciéndose traer á la recámara la caja en que habia de ser colocado su cuerpo, dispuso hasta los últimos pormenores de su entierro con admirable tranquilidad, y exhortando á su hijo y sucesor Felipe III, á tener en defensa de la religion el mismo zelo que habia dirigido las acciones de toda su vida, terminó esta el 13 de Septiembre de 1597, á los setenta y dos años de edad y cuarenta y tres de reinado. Su cadáver fué depositado en el Escorial, en el arco del presbiterio al lado de la epístola, en donde todavía se vé su estatua en actitud de adoracion, con las de sus cuatro mugeres, enfrente de la de su padre Carlos V y de la emperatriz su esposa, que ocupan el arco del lado del evangelio.

Pocos hombres han sido juzgados tan contradictoriamente como Felipe, por los historiadores coetaneos y posteriores, segun el partido á que han pertenecido: objeto de horror para los protestantes, que conforme al gusto de aquel tiempo, de aplicar á todo las palabras de la sagrada escritura, le llamaban "el demonio del medio dia," por haber sido el enemigo mas acérrimo de la reforma, ha caido tambien sobre él la execracion de los que profesando los principios llamados liberales, ven en él el contrario mas decidido

de estos y el mas resuelto promovedor del poder absoluto. Sin embargo, las opiniones comienzan á modificarse respecto á él y se va reconociendo que su conducta, aunque excesivamente rigurosa en muchos casos, fué hija de las circunstancias, y exigida necesariamente por estas. Colocado en medio del torbellino suscitado por las opiniones nuevamente propagadas, y cuando el impulso que estas habian dado á los espíritus tenia toda la fuerza de la novedad, los medios de resistencia que opuso, debian ser proporcionados á la impetuosidad del ataque, y para reprimir la libertad de discurrir en materias religiosas, era indispensable tambien poner coto á la libertad política. Todo esto se ligaba de tal manera, que era preciso, ó dejarse llevar por la corriente, ó levantar contra esta los únicos diques capaces de contenerla, y en cuanto á los medios empleados con este intento, casi solo puede examinarse la oportunidad de su uso y la mayor ó menor extension que por Felipe se les dió, pues en cuanto á la naturaleza de ellos, eran los mismos que todos usaban por aquel tiempo, en el que perseguir á los que pensaban de diversa manera que el que ejercia el poder, era el principio universalmente por todos admitido.

Felipe unia á una gran capacidad é instruccion, una incansable laboriosidad: en el gobierno todo lo hacia por sí mismo y sus ministros nunca fueron mas que sus secretarios: no solo acordaba todos los puntos